

SAMIZDAT

crónica de una vida nueva



Expulsión de los gitanos en Francia



La polémica de los gitanos saca a la luz los problemas de Europa _4

"The grand design"



Nuevo libro de Stephen Hawking _3

La cornada antitaurina



«¿Ecologismo, política o simplemente ideología? _5

Mundial Sudáfrica: algo más que fútbol

A nadie se le escapa que el Mundial de fútbol es un acontecimiento único, tanto a nivel deportivo como a nivel social. Se celebra cada cuatro años y reúne a las mejores selecciones del planeta. Además, el 11 de julio de este año nuestra España se ha proclamado por primera vez en la historia campeona del torneo. Tuve la ocasión de viajar a Italia pocos días después de la victoria... ¡Qué orgullo ser español!

Hay quienes afirman con ironía que el fútbol es una pantomima donde se juntan 22 tíos a darle patadas a un balón y que no tiene ningún misterio. Creo que se equivocan. No hay más que ver a Gyan, el jugador de Ghana, fallando el penalti que le habría dado a su equipo el pase a semifinales – ¡por primera vez un equipo africano se habría clasificado para la penúltima ronda! –, a sus compañeros consolándole al término del partido, a los holandeses observando desolados la entrega de la copa a Casillas y por qué no decirlo, a Casillas dándole un beso a la Carbonero saltándose todos los esquemas protocolarios que parecían reinar en ese momento. Expresó sencillamente la alegría de todos los españoles. ¡Gracias Casillas!

Cierto es que se manejan unas cantidades obscenas de dinero pero en mi opinión es una pérdida de tiempo lamentarse, viendo estos gestos se hace difícil no conmoverse. Amigas mías pueden estar viendo un partidazo y sólo se preocupan porque no entienden el fuera de juego, pero cuando alguien falla una ocasión clara o ven al entrenador llorando porque su equipo ha perdido



se llevan las manos a la cabeza casi compartiendo el dolor en sus carnes. ¿No será que estamos delante de algo radicalmente humano? En el fútbol y en el deporte en general se da una gran diversidad de rasgos humanos.

Quiero resaltar uno: cuando Capdevila, Villa o Iniesta llegaron donde estaban los periodistas decían que había sido un triunfo de toda una selección, de todo un país, ¡no se conciben solos! Están dentro de un “nosotros”. El deporte educa al hombre y le enseña que en la vida uno crece si pertenece a una comunidad. Tanto cuando gana como cuando pierde. De hecho, la soledad aplasta victorias y derrotas. Por el contrario, la tristeza por haber perdido la final o la confusión y el dolor punzante que uno siente cuando un hermano se pone enfermo, son una gran oportunidad para entender que nuestra vida está hecha para estar en relación con personas que necesitan entender el sufrimiento y necesitan siempre ser acompañados en la vida. No estamos hechos para estar solos. La gloria de uno solo siempre se queda corta si no está dentro de algo más grande que pueda sostenerle.

Alfonso Calavia Arespacochoaga,
estudiante de Filología en la UCM

La plaza del pueblo

¡Qué pocos pueblos quedan! La gente se cruza y se choca pero no se alcanza. Igual que en los aeropuertos. Todo tiende a ser como un gran aeropuerto: cruces de caminos, limpios y sofisticados. Todavía, sin embargo, los hombres arrastran polvo y sudor consigo, signo del cansancio y de la falta de sofisticación en la vida. No todo es limpio. Los hombres cansados se tienen que secar el sudor en baños solitarios y malolientes, donde todo el mundo se mira al espejo sin decir nada, porque nadie habla ni nadie espera que el resto hable. En el cruce neutro y esterilizado se encuentran parejas, coleguitas y enemigos, obligados o resignados a acompañarse o a soportarse sólo para que la palabra “soledad” no lo infecte todo... pero ya lo carcome todo. Uno no tiene el valor de decirlo, pero lo sabe cuando se mira al espejo y se limpia, solo, el sudor, sin esperar que nadie le hable, deseando que nadie le hable.

El alboroto de algunos niños irrumpe sin permiso. Los niños siempre serán como la plaza del pueblo, donde lo más elemental y espontáneo sale a flote. Hay niños que se vuelven sofisticados y se esconden detrás de las tonterías que sus padres inadaptados les han arrojado. Pero todos, incluso los niños más sofisticados, parecen añorar la plaza del pueblo recordando que un día tuvieron lo que quisieron y quisieron lo que tuvieron, casi sin quererlo y casi sin tener nada. Todavía hay niños así, cada vez más pequeños que, sin gritar, gritan a todo el mundo: “¡Vamos a la plaza! ¡Vamos a la plaza!”. Y cuando oyen esto, los hombres solitarios y sofisticados, sudorosos e inadaptados se sienten juzgados. Aunque sienten que su tiempo se ha perdido, en silencio se dicen: “Algún día volveré”.

Nacho de los Reyes,
doctorando de Filosofía en la UCM



Por menos de esto no estudio

Sin duda la noticia del último libro de Stephen Hawking ha dado mucho que hablar y entre algunos de nosotros han surgido muchas preguntas. Afirmar que Dios no es necesario para la explicación del mundo es algo que no sólo tiene muchas implicaciones teológicas y vitales, sino también científicas. La ciencia se ha movido siempre en torno a la búsqueda de significado. ¿Por qué las cosas son como son? ¿De dónde vienen? Si todo se pudiera reducir a una mera probabilidad o una ley, ¿qué sentido tendría todo, por qué nos interesarían las cosas? ¿Por qué querríamos conocer las cosas? Por lo tanto afirmar esto es pretender responder de antemano a la pregunta que permite hacer ciencia. Como decía Chesterton: "El problema no es que los sabios no vean la respuesta, sino que no vean el enigma".

Se lo expusimos a un científico amigo nuestro que es además uno de los responsables del proyecto espacial "Planck", cuyo objetivo es precisamente conocer el origen del universo. Este hombre vive la ciencia de un modo diferente, sorprendente, es feliz con su trabajo. Nos llamó la atención su posición frente a la investigación, nos hablaba de la libertad frente al dato, es decir, que todo descubrimiento requiere un juicio humano. ¿Cómo se entiende esto? Nos contó un episodio que vivió con su maestro, uno de los recientes premios Nobel. Tenían datos de un estudio en la Antártida y debían decidir si publicarlos o no. La única pregunta que le hizo su maestro fue: "¿Tú te los crees?".

Lo primero es darse cuenta de que el "dato" es algo "dado", es decir, no es algo inventado por nosotros, simplemente existe, las cosas son. Y no sólo eso, las cosas son bellas, tienen un sentido, un orden que nos impulsa a conocerlas, tienen una implicación, si no, no tendrían sentido que nos interesáramos por ellas. Es decir, si los datos que pudiésemos recopilar no estuvieran guiados por una ley, no estuvieran ordenados, no indicarían algo más, no los podríamos estudiar,

es más, ni nos interesarían. Si nosotros estudiamos (o el científico investiga) es porque todos necesitamos entender el "por qué" de todo, ya sea en relación al universo, la novia, o la muerte de alguien querido. Por ello, si el dato sigue un orden y este orden no tuviera una finalidad viviríamos en un mundo sin sentido. Está claro que la ciencia no puede responder preguntas sobre el sentido de las cosas, pues concierne más a la filosofía o a la teología, pero sí que se basa en esas preguntas para evolucionar, porque esto ha movido a todos los científicos a investigar, personas con preguntas abiertas que intentan responderlas.

Esto no quiere decir no errar. Por ejemplo, el matrimonio Curie, en su búsqueda del neutrón se equivocó al interpretar los datos que posteriormente Chadwick sí interpretó correctamente. Pero lo fundamental fue la exigencia de significado que movió a los Curie a experimentar frente a unos datos que indicaban un orden, un "algo" más en lo que se veía. Ahí es cuando uno ve la verdad de las cosas. Poneos en el lugar de Chadwick, llevas muchísimo tiempo analizando datos y todos indican la existencia de algo, todos señalan en una dirección, imaginaros la conmoción que debió experimentar entonces: ¡Existe el neutrón! ¿Acaso nosotros no sentimos algo parecido al entender un teorema, al resolver un ejercicio, al descubrir una ley que no conocíamos? ¿No entendemos más la vida cuando empezamos a intuir que las cosas tienen un sentido, que están hechas para algo?

Pero, para que esto le sucediera a Chadwick, tuvo que estar abierto a lo que los datos le dijeran. Sin embargo, la vida de Chadwick, como la de los demás, no se detuvo ahí, porque la pregunta fundamental seguía abierta. Como decía el poeta Leopardi cuando miraba al cielo: "¿Para qué tanta belleza, para qué todo este orden?", esto es, ¿qué sentido tiene? Éste es el verdadero motor de la ciencia y de la vida, el asombro frente al Misterio. No basta conocer cómo se

comporta el neutrón, la pregunta de si está hecho para algo sigue abierta, porque el dolor que siento si alguien querido muere es tan real como que el neutrón existe, y ambas cosas exigen un significado para mi vida.

Sin esta apertura a lo que las cosas apuntan, la vida, el trabajo, el estudio se vuelven tediosos, un mero aprender lo que otros imponen sin entender qué significa realmente para nuestra vida. Sólo si no partimos de nuestra idea de cómo deben ser las cosas y nos dejamos sorprender por ellas, la vida se convierte en una verdadera aventura. El estudio, la novia, los amigos, la familia y cualquier circunstancia se vuelven de verdad interesantes cuando nos ayudan a comprender para qué vivimos, qué esperamos de la vida. Decir que Dios no existe o que la ciencia puede llegar a explicarlo todo no basta, porque las preguntas más importantes de la vida siguen sin respuesta.



La polémica de los gitanos saca a la luz los problemas de Europa

La reunión de los jefes de Estado europeos en Bruselas ha estado polarizada por la polémica de los gitanos. La tormenta desatada hace unos días por las declaraciones del Comisario Europeo de Justicia, Viviane Reding, en las que comparaba la evacuación de los campamentos de nómadas por parte del gobierno francés con las deportaciones de la Segunda Guerra Mundial, no ha hecho sino continuar en los últimos días. Desde Merkel a Berlusconi, pasando por Zapatero y Barroso, todos se han pronunciado acerca del tema. Repasemos los hechos de una historia que comenzó hace algunos meses.

El asesinato del joven gitano Luigi Duquet a mediados de julio y los posteriores disturbios en Saint-Aignan (Loir-et-Cher) y en Isère fueron la chispa que hizo estallar de nuevo, el pasado julio, la eterna polémica sobre los gitanos y los nómadas. Esta vez, sin embargo, la respuesta del gobierno francés no ha sido una advertencia sino una iniciativa política destinada, en palabras de Sarkozy, a «llevar a cabo una lucha implacable contra la criminalidad». Después de las reuniones de finales de julio el gobierno francés decidió evacuar más de 300 campamentos ilegales en el tiempo de tres meses. Dicho y casi completamente hecho.

Esta iniciativa política ha desatado numerosas críticas. De los primeros en contestar fueron los representantes de las asociaciones de *gens de voyage* y la izquierda francesa. Ambos acusaron al ejecutivo de llevar a cabo una política que consideran «racista y discriminatoria» y destinada a desviar la mirada de los problemas internos del gobierno de Sarkozy respecto del caso Bettencourt y las acusaciones de financiación ilegal de su partido (UMP).

La controversia, durante los primeros días, se dio exclusivamente en territorio francés, pero al poco tiempo llegó también a otros países. Del otro lado de los Alpes, en Italia, el ministro Maroni,

en una entrevista el 21 de agosto, daba la razón a Sarkozy y afirmó, recordando las expulsiones llevadas a cabo en el año 2007 por Walter Veltroni, alcalde de Roma, que Francia no había hecho otra cosa que «copiar» el ejemplo de Italia. Mons. Giancarlo Perego, director general de la Fundación de Inmigrantes de la Conferencia Episcopal Italiana, respondió que «el gobierno italiano no puede decidir de forma autónoma en lo que se refiere a una política europea que, básicamente, establece el derecho a la libertad de residencia y circulación».

A su vez, en el Ángelus del 22 de agosto en Castelgandolfo, el Papa ha invitado en su saludo a los peregrinos de lengua francesa, «a saber acoger la legítima diversidad humana».

El regreso de las vacaciones y la reanudación del curso político han ampliado el debate. Así, entre las diversas declaraciones de las organizaciones internacionales y asociaciones, el 13 de septiembre, el Alto Comisario para los Derechos Humanos, Navi Pillay, ha declarado que la política francesa acerca de los gitanos agrava «la estigmatización de los gitanos y su extrema pobreza».

Como hemos visto, sin embargo, la polémica ha estallado en toda su dimensión en la cumbre de los jefes de estado de la UE, reunidos en Bruselas hace algunas semanas. En esa ocasión se sucedieron declaraciones, contradicciones, justificaciones, ataques y acusaciones.

Es cierto que las expulsiones realizadas por el gobierno de Sarkozy pueden haber sido exageradas y haber afectado injustamente a gitanos que nada tenían que ver con la delincuencia. Pero no hay que olvidar que responden a un problema real de seguridad ciudadana. Las críticas ideológicas y los pacifismos «buenistas» y abstractos no resuelven el problema de unas comunidades que, por desgracia, se organizan con frecuencia como micro-sociedades sin ley que terminan por con-

vertirse en muchas ocasiones en focos de delincuencia, analfabetismo y tráfico de droga.

La polémica abierta por las medidas de Sarkozy, más allá de los chismes políticos, debería abrir dos debates.

En primer lugar, desde el punto de vista político, es necesario trabajar por una mejor articulación de las normas europeas en el contexto de la soberanía de los países miembros. Como señaló el filósofo André Glucksmann en un artículo publicado en *Le Monde* hace unos días, «los arquitectos de Bruselas no han logrado garantizar las condiciones prácticas para la libre circulación de los europeos (...) itinerantes». Es cierto, pero no es sólo culpa de Bruselas porque, como ha escrito el eurodiputado Mario Mauro, «este no es momento de cruces de acusaciones o de instrumentalizaciones políticas, es momento de abrir realmente un debate sobre las medidas serias y concretas para resolver los problemas de integración». Es el momento de que la normativa europea (2004/38/CE) sea aplicada realmente en el contexto de la soberanía nacional de los estados de la UE, de las regiones y de las ayuntamientos implicados más de cerca en el problema: cooperar para que esta legislación llegue a ser no sólo algo justo sino también algo viable.

En segundo lugar hace falta, como apuntaba el Papa, que nos preguntemos sobre nuestra capacidad de acogida a los pueblos que tienen una forma de vida diferente de la nuestra. Las instituciones educativas y sociales, los políticos y cada uno de nosotros deberemos encontrar vías de integración (también valorar y promover las experiencias de integración ya existentes) que permitan a los pueblos nómadas vivir en libertad su condición «no asentada» exigiéndoles, a la vez, el respeto y el cumplimiento real de ciertos mínimos fundamentales fuera de los cuales la vida común es imposible.

La cornada antitaurina

Este verano ha sido particularmente productivo para aquéllos que están empeñados en hacer tabla rasa de lo que consideran restos de barbarie y atraso secular. Es curioso cómo los tauróforos se convencen de la necesidad histórica de prohibir los toros, como si de una conquista de progreso se tratase; es curioso, digo, porque en la historia de España hubo una polémica de intelectuales sobre el problema del atraso español en el que uno de ellos, Ortega, no cejaba en su consigna de 'España es el problema y Europa la solución', al tiempo que Unamuno le replicaba con que lo que había que hacer era españolizar Europa. Unamuno, el casticista, no soportaba los toros; Ortega, el europeizador, les dedicó un libro.

No sé si será culpa de Franco o del franquismo, pero hubo un tiempo en España en que '¡animal!' era un insulto despectivo con el que se pretendía poner en su sitio a aquel sujeto poco civilizado. Seguramente eran unos tiempos oscuros, en los que la distinción entre lo que es una persona y un animal, de puro saberlo, acabó por olvidarse. Pero afortunadamente los antitaurinos y sus espectáculos han venido a despertar esta diferencia. Sólo hace falta repasar los telediarios del día de la prohibición en Cataluña, cuando sacaban imágenes de los contrarios a la Fiesta, entre las que destacaba un energúmeno desnudo que no paraba de rociarse pintura roja; este personaje sufría la competencia de una señora que se revolcaba por el suelo, como una croqueta humana, mientras otra amante de los animales utilizaba una sombrilla a modo de pica (éstas no iban desnudas). Estas imágenes cargadas de belleza y simbolismo son las que nos regala de cuando en cuando la internacional antitaurina, en las que hay una freudiana afición a aparecer sin ropa a la menor ocasión, lo que demuestra una importante falta de sentido de estética.

Y es estética lo que se encuentra en una corrida de toros; bien mirado, no sorprende el que se hayan prohibido

las corridas y blindado los encierros. En las corridas hay una serie de normas establecidas, una liturgia que como buena liturgia está cargada de simbolismo; el espectáculo no es inmediato, se necesita saber esperar. Los encierros son un espectáculo más vulgar, donde la masa actúa contra el toro, donde uno no encuentra el silencio que el momento cumbre impone en la plaza. En los encierros no hay un torero en combate con el animal sino los garrulos *echaos pá lante* tocando el rabo de la vaquilla.

La otra razón que se podría aducir por la que no han prohibido los *correbous* y sí las corridas sería la del separatismo y el deseo de borrar cualquier elemento en común con el resto del Estado, pero eso no queda bien, así que no continuaré. Además, uno de los atractivos de las corridas de toros es el ambiente de la plaza. Es un espectáculo único. En ella se ven personajes de toda condición. Y cada plaza tiene sus costumbres, como cada ciudad española. Entre las más extravagantes, la de Murcia, en la que al tercer toro se paraliza el festejo y uno cree encontrarse en el milagro de los panes y los peces o en las bodas de Camacho. De repente, aparecen empanadas, pasteles de carne, tortillas, botas de vino, cervezas frías y todo el repertorio del embutido murciano. Durante media

hora meriendan en la misma mesa el huertano con la cara curtida por el sol y los dedos callosos por la azada y el señorito de americana y mocasines; y las mujeres, ¡oh, las mujeres!, todas con un clavel rojo en su peinado, alegres, sonrientes... El huertano, el que vive rodeado de animales, no tiene necesidad de reivindicarse como ecologista; el ecologismo nace en el asfalto y cuando va a encontrarse con los que viven en el campo no se entiende; son dos lenguajes diferentes.

Al final, uno no sabe qué razones convincentes dar para ganar un debate acerca de la conveniencia o no de los toros. Muchos ya han dado la nómina de los intelectuales y personajes de toda ideología aficionados a ellos, otros oportunamente se han lamentado de para qué cuestiones se da libertad de voto y para cuáles no, y se supone que esto de no someterse a un carnet es porque el tema a votar apela directamente a la conciencia de la persona (más que lamentarse hay que indignarse)...

'¡Los toros no son arte ni cultura!'. Bueno, habrá que dar media vuelta, sonreír y pensar que uno tiene suerte; al fin y al cabo, no se hizo la miel para la boca del asno.

Miguel Jorquera Garcilópez,
estudiante de Historia en la UCM



OFERTA UNIVERSITARIA

MARTES Y MIÉRCOLES DESDE LAS 17:00
CAÑA A 0.95 Y DOBLE A 1.50

HAMBURGUESA 1.90
HAMBURGUESA COMPLETA 2.50
PERRITO 1.60
PERRITO ESPECIAL 2.00

CALAMARES
PATATAS MADRILEÑA
PATATAS CON CHISTORRA

PLATOS COMBINADOS + REFRESCO 6 EUROS

CALLE MELÉNDEZ VALDÉS Nº 54
MONCLOA MADRID

Necesitados de esperanza

“Ésta es la historia de un hombre del siglo XII, un pobre campesino de cuarenta años cuya mujer había contraído la peste. Tenía un hijo mayor que le ayudaba en el campo y una hija que se dedicaba a la casa y a cuidar de su madre.

Un día, el campesino decide dejar a su familia y se dispone a iniciar un largo viaje. Coge lo imprescindible para el camino y se pone en marcha. Enseguida empieza a pasar frío y hambre. Llama a la puerta de las casas hasta que encuentra alguien que le ofrece cama y alimento. Y siempre lo encuentra. Cuando se sentaron a la mesa, una mujer le preguntó el sentido de su viaje: “Mi mujer está enferma y me preocupa qué será de mi familia. Alguien me dijo que yendo a Santiago encontraría respuestas”, respondió él.

Pasaban los días y el campesino iba perdiendo fuerzas, había momentos en los que no encontraba el sentido de seguir caminando... Poco antes de divisar el Monte del Gozo, cuando aún no había llegado al pueblo donde reposaría la última noche, se desató una tormenta feroz. El campesino intentó refugiarse debajo de un árbol hasta que oyó pasar un carro. Dando un salto se adelantó al camino pidiendo ayuda. El hombre del carro lo recogió, lo llevó a su casa y le dio lo necesario para continuar su viaje.

Al llegar a Santiago, entró en la plaza y contempló durante mucho tiempo el Pórtico. No sabía leer, pero aquella historia esculpida en piedra le parecía cercana y familiar. El Pórtico hablaba del drama del hombre en su continua tentación de dejarse vencer, y del hombre salvado que no es aplastado por las circunstancias difíciles.

Hablaba de cómo hay un camino marcado que alguien ha trazado para que el hombre pueda seguirlo. Un camino duro, como había sido el suyo, lleno de imprevistos y dificultades, pero movido por una búsqueda, por la necesidad de llegar al final.

Y, por último, cuando ya no podía alzar más la cabeza, se encontró con esa figura humana, en el centro, un hombre coronado que no dejaba de mirarlo. Y junto a la figura del rey, toda la Corte: músicos, escribas, escuderos... todos parecían esperarle. Cayó de rodillas, se dio cuenta de que Aquél a quien pensaba encontrar al llegar a Santiago le había acompañado durante todo el viaje, le estaba esperado desde antes de que saliera de casa.

El peregrino empezó a llorar, pensaba en su mujer y sus hijos y se daba cuenta de que no podía ahorrarles el esfuerzo del camino, pues sin eso, no llegarían nunca a experimentar la alegría y la paz que él sen-

tía en ese momento. Ahora podía confiar en que su mujer, al morir, sería bien recibida en la fiesta del Reino. Y ellos, estaban llamados a continuar el viaje.”

Este verano hice el Camino de Santiago con unos amigos y, aunque hoy por hoy no sea tan complicado como en el siglo XII, os puedo asegurar que dormir en el suelo de un polideportivo y compartir las duchas con otras cincuenta chicas no es algo que sea inmediato, al menos para mí.

Si me preguntáis por qué lo hice os diré que yo era como el campesino de la historia, pensaba encontrar algo al final del camino pero, os prometo que ya no podía más al tercer día. Si fuera sólo por mí, habría vuelto a casa enseguida. Sin embargo, contaba con algo más que mis pocas fuerzas y mi vaga apetencia: mis amigos -que me ayudaban a recordar las razones de mi peregrinar-, la gente que nos acogía en sus casas y nos cuidaba sin conocernos, la belleza de algunos cantos... pero como decía Benedicto XVI en su encíclica Spe Salvi: «Todos tenemos necesidad de esperanzas – pequeñas o grandes– que, día a día, nos mantengan en camino. Pero sin una esperanza grande, que debe superar todo lo demás, esas esperanzas no bastan. Esta gran esperanza sólo puede ser Dios, es Él el fundamento de la esperanza – no un Dios cualquiera, sino el Dios que posee un rostro humano y que nos ha amado hasta dar su vida por nosotros».

¿Podéis imaginar cómo abrazaría a sus hijos el campesino cuando volvió a casa?

María Borrero Carrón,
estudiante de Filología en la UCM



Humanizar el derecho

Me encuentro ante el último año de la Licenciatura de Derecho. No he sido precisamente un estudiante brillante (más bien al contrario), pero ello no ha impedido que necesite posicionarme con todo lo que soy y mi deseo de verdad, ante lo que estudio. Después de todo este tiempo de universidad me han surgido grandes interrogantes: ¿Qué han sido para mí estos años de carrera? Los estudios que termino, ¿qué papel han jugado en la construcción de mi vida? Me doy cuenta de que, si tras estos años me convierto en una máquina que exclusivamente aplica normas o las lleva magistralmente a su territorio, no he aprendido nada, porque me he dejado lo más importante: mi humanidad.

Por gracia, en este tiempo he estado acompañado por amigos que me han ayudado a buscar la verdad en todas las cosas, y por tanto a disfrutar más de ellas. Hace unos años, a través de una amiga, cayó en mis manos un ejemplar de "La primera lección de Derecho", de Paolo Grossi, que dicta sus lecciones en la Universidad de Florencia. A veces parece que un catedrático de Filosofía del Derecho no tenga nada que decir. Todos nos orientamos hacia alguna rama del Derecho (civil, mercantil, administrativo...). Todas ellas necesarias en cuanto instrumento para la convivencia y para la realización de las finalidades de la sociedad. Sin embargo, ¿cuál es el criterio para estas normas? ¿Qué tienen que ver las normas con el hombre?

Un ejemplo figurado citado en este libro hace alusión a una fila frente a una oficina pública. Una situación humana perfectamente posible, en la que se encuentran varios sujetos, una pequeña muestra de lo que es una sociedad. La situación de la fila es caótica (dejemos volar aún más la imaginación hacia la apertura de la época de rebajas en El Corte Inglés). Sin embargo, espontáneamente, entre la confusión, surge un sujeto emprendedor que realiza una serie de propuestas para organizar la fila. Todos los componentes, conscientes de la nece-

sidad surgida y de la utilidad de dicha propuesta para agilizar la fila, aceptan espontáneamente la propuesta, observan el precepto.

Estamos ante la génesis del Derecho. Ante una situación humana, cuando varias personas en relación forman una sociedad, nace la necesidad de organización, que espontáneamente es observada por los sujetos que conforman la sociedad.

La evolución del pensamiento occidental en los últimos años ha convertido al Estado, que no es más que una cristalización de la sociedad, en un ente absoluto y burocratizado; y, al derecho emanado de éste, en el imperativo coactivo de un soberano (por muy democrático que éste sea). La consecuencia es un normativismo atroz, donde la ley escrita tiene preeminencia sobre el hombre. Así, se llega a negar ciertos hechos objetivos como el valor de la vida, creando leyes sobre el aborto que niegan dicho valor y reducen al hombre a su utilidad; o formando al ciudadano perfecto con leyes que convierten al Estado, de facto, en el principal educador del individuo, omitiendo el papel de la familia.

Esta reducción del Derecho, que encierra una reducción del ser humano, es una mentira, porque reduce la persona a

un "ciudadano", incapaz de criticar y a merced del poder. La norma cae sobre el ciudadano como una losa. No pretendo aquí derogar el derecho y volver al caos, sino humanizarlo, tomando en cuenta a la persona, por encima de la ideología de turno.

Es cierto que cada sistema jurídico lleva detrás un sistema de valores. No es menos cierto que el ser humano, con toda su exigencia de justicia, de verdad, de felicidad y de bien, está por encima de este sistema y que, por tanto, el derecho es para el hombre, y no el hombre para el derecho. Es decir, bien entendido, el derecho es subsidiario, no principal. Debe nacer de las exigencias humanas más verdaderas y no del imperativo coactivo del soberano.

Es verdad que, ni siquiera la sociedad mejor organizada, ni el sistema político más perfecto, es capaz de resolver esta exigencia, que se vería sofocada de forma antinatural, sin la hipótesis de un más allá. Por tanto, es necesario educar en las exigencias humanas más puras, también a los juristas, dejando el derecho en su justo lugar, no como la expresión del poder estatal, como un absoluto, sino como un medio para favorecer la libertad de las personas que son, ante todo, pura necesidad.

José María Gutiérrez Montero,
estudiante de Derecho en la UAM



dentro impresión



Fotocopias b/n

Fotocopias color

Planos

Ploteado b/n

Ploteado color

Cartelería

Escaneados

Impresión digital

Encuadernación

Proyectos

Tesis

Cartón Pluma

Laminado

Papelería

Horario
de Lunes a Viernes de 9 a 20 Horas
Sábados de 9,30 a 13,30 Horas

Hilarión Eslava, 35 28 015 Madrid Telf. 915445461 Telf./ Fax 915442727
e-mail centroimpresion@centroimpresion.com



10% Dto.
al presentar este vale



Fragmento del mensaje del Papa con motivo de la JMJ 2011

“En cada época, también en nuestros días, numerosos jóvenes sienten el profundo deseo de que las relaciones interpersonales se vivan en la verdad y la solidaridad. Muchos manifiestan la aspiración de construir relaciones auténticas de amistad, de conocer el verdadero amor, de fundar una familia unida, de adquirir una estabilidad personal y una seguridad real, que puedan garantizar un futuro sereno y feliz. Al recordar mi juventud, veo que, en realidad, la estabilidad y la seguridad no son las cuestiones que más ocupan la mente de los jóvenes. Sí, la cuestión del lugar de trabajo, y con ello la de tener el porvenir asegurado, es un problema grande y apremiante, pero al mismo tiempo la juventud sigue siendo la edad en la que se busca una vida más grande. Al pensar en mis años de entonces, sencillamente, no queríamos perdersos en la mediocridad de la vida aburguesada. Queríamos lo que era grande, nuevo. Queríamos encontrar la vida misma en su inmensidad y belleza. Ciertamente, eso dependía también de nuestra situación.

Durante la dictadura nacionalsocialista y la guerra, estuvimos, por así decir, “encerrados” por el poder dominante. Por ello, queríamos salir afuera para entrar en la abundancia de las posibilidades del ser hombre. Pero creo que, en cierto sentido, este impulso de ir más allá de lo habitual está en cada generación. Desear algo más que la cotidianidad regular de un empleo seguro y sentir el anhelo de lo que es realmente grande forma parte del ser joven. ¿Se trata sólo de un sueño vacío que se desvanece cuando uno se hace adulto? No, el hombre en verdad está creado para lo que es grande, para el infinito. Cualquier otra cosa es insuficiente.”

Os invitamos a asistir a la Jornada Mundial de la Juventud que tendrá lugar este verano (del 16 al 21 de agosto). La forma que nosotros proponemos para participar activamente del evento es mediante el voluntariado. Podéis apuntaros con nosotros mandando un mail a la dirección de la asociación: atlantidaghis@gmail.com.

A. C. Atlántida



«El hombre en verdad está creado para lo que es grande, para el infinito. Cualquier otra cosa es insuficiente»

Benedicto XVI

**Dentro
Impresión**

Hilarión Eslava, 35
28015 Madrid
Telf.: 915445461
Fax: 915442727
centroimpresion@centroimpresion.com



Director: Alfonso Calavia
Vicedirectores: Daniel Cerrillo y Miguel Jorquera
Secretaria General: María Borrero
Maquetación y diseño: Paola Coghi, Rocío Andreo y Eloisa Prestipino
Impresión: Centro Impresión
Editado por Asociación Atlántida Geografía e Historia
e-mail: atlantidaghis@gmail.com